

SAN FELIPE NERI, CONFESOR

Día 26 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

San Felipe Neri, fundador de la congregación del Oratorio en Italia, célebre por el don de virginidad, por el de profecía y por el de milagros, nació en Florencia el día 22 de Julio del año 1515. Fue su padre Francisco Neri, y su madre Lucrecia de Soldi, ambos más recomendables por su virtud que por su antigua nobleza. Criaron al niño con el mayor cuidado, aunque costó poco el buen efecto de su educación. Su natural inclinación y las buenas disposiciones, tanto de corazón como de entendimiento, con que había nacido, le facilitaron los grandes progresos que en breve tiempo hizo, no menos en la ciencia de los santos que en el estudio de las letras humanas. Perdió á su madre siendo aún muy joven; pero su bello natural, su apacibilidad, su rendimiento, y especialmente su sólida virtud, hicieron que encontrase otra no menos tierna y amorosa en las segundas nupcias de su padre. Amóle la madrastra como si fuera su hijo, y por su modestia, por su apacible natural y por su genio oficioso apenas era conocido en Florencia con otro nombre que con el de *Felipe el Bueno*. No se hablaba de otra cosa en toda la ciudad qué de la virtud de aquel ejemplar mancebo.

A los ocho ó nueve años de su edad experimentó una prueba de la especial protección del Cielo, habiendo caído desde lo más alto de una panera sin haber recibido daño alguno. Crecían con la edad su juicio y su virtud, y ya comenzaba á mirar con inclinación la vida santa y penitente de los religiosos, cuyas casas frecuentaba,

cuando, por razones de familia, le envió su padre á la villa de San Germán, situada al pie del monte Casino, para que viviese en compañía de un tío suyo, hombre poderoso y sin sucesión, que le tenía destinado para su heredero. Hízole muy poca fuerza esta herencia. Estuvo dos años en compañía de Rómulo (así se llamaba el tío), edificando á todo el pueblo con su modestia y con sus virtuosos ejemplos. Pero aspiraba á mayor fortuna, y, cuanto más iba conociendo al mundo, más suspiraba por retirarse de él. Suplicó al tío que le diese licencia para ir á Roma á acabar sus estudios; y aunque á Rómulo le costaba gran dolor desviar de sí á un sobrino tan amable, al fin, como era timorato, hizo escrúpulo de oponerse á la voluntad de Dios, si resistía á una vocación tan declarada.

Apenas llegó Felipe á Roma, cuando luego se distinguió en aquella corte, no menos por su ingenio que por su virtud. Hizo en pocos días tan rápidos progresos en las ciencias y en la santidad, que fue tenido en Roma por uno de los más hábiles teólogos de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo. Resplandecía la virtud en toda su conducta; brillaba en el semblante y en todo el porte exterior. Hacíase respetar, hasta de los más disolutos, su modestia y su virginal pudor; con todo eso, no faltaron algunos tan malignos y tan descarados que armaron lazos á su inocencia, pero siempre con grande confusión de los mismos que le pretendían derribar. Por largo tiempo permitió Dios que en este punto padeciese su virtud muchos combates, sin duda para darle ocasión á que se le repitiesen los triunfos. Fingíanse enfermas muchas mujeres perdidas, y le llamaban á sus casas con pretexto de convertirse, siendo en la realidad para provocarle; pero con el auxilio del Cielo salió más pura su virtud de estas peligrosas ocasiones, sirviéndole para vivir más cuidadoso, más humilde, más recogido y más mortificado.

Era su vida muy austera y penitente. Comía una sola vez al día, reduciéndose la comida á pan y agua. Si tal vez añadía algunas hierbas, cuidaba de que fuesen tan mal guisadas, que el regalo se convertía en verdadera penitencia. Su oración era continua, interrumpiéndose sólo con un brevísimo sueño. Después de haber visitado todos los días las siete estaciones de Roma, se retiraba por las noches al cementerio de Calixto, donde continuaba sus ejercicios espirituales en las catacumbas de los santos mártires. Aquí fue donde comenzó su corazón á abrasarse tanto en el incendio del divino amor, que con el tiempo llegó á suplicar al Señor que mitigase sus ardores. Estrechándose cada día más y más en unión íntima con Dios, á los veintitrés años de su edad se prohibió á sí mismo todo comercio con el mundo, resuelto á no pensar en otra cosa que en su propia santificación y en la salvación de las almas. Los hospitales, las cárceles y las casas de misericordia eran el teatro de su caridad; y como si no fuesen bastantes para su celo, no había día que no se le encontrase en las plazas, en los corrillos, en los sitios públicos, en el banco, en el cambio y hasta en las hosterías y tabernas, para ganar á todos con sus santas conversiones y con sus ejemplos. Bendijo Dios de tal suerte una caridad tan industriosa y tan activa, que se palpó una visible mudanza en todos los parajes que Felipe frecuentaba. Desterráronse de los lugares públicos las pependencias, las blasfemias y las obscenidades. Vióse en Roma con admiración una general reforma de costumbres, aun antes que fuese conocido el autor de la reforma.

Desde entonces comenzaron todos á reverenciar la virtud y el mérito de tan insigne operario. Juntáronse algunas personas virtuosas que quisieron tener parte en tan santas obras. No se limitaba su caridad á los niños y á los pobres vergonzantes, extendíase á todos los estados. Estaba en continuo movimiento solicitando

limosna para los hospitales, para las cárceles y para las comunidades religiosas más necesitadas.

Hacia el año de 1550, á solicitud de un virtuoso eclesiástico, su confesor, llamado Persiano Rosa, fundó la cofradía de la Santísima Trinidad en la iglesia de San Salvador del Campo, para socorrer á los pobres extranjeros, á los peregrinos y á los convalecientes que no tenían dónde retirarse. Era Felipe como el alma de este nuevo cuerpo, y escogía siempre para sí las funciones más penosas de sus miembros.

Admirado Persiano Rosa de los grandes frutos que producía en la Iglesia la ardiente caridad de su fervoroso penitente, juzgó que sería de mucha mayor utilidad su ministerio si recibía los sagrados órdenes. Propúsosele, y se sobresaltó su humildad; pero, al fin, fue preciso obedecer. Y, para no darle tiempo á representar nuevas dificultades, solicitó se le dispensasen los intersticios, y en el espacio de dos meses y medio le hicieron recibir la primera tonsura, los órdenes menores, el subdiaconato, el diaconato y el presbiterato. Tenía Felipe á la sazón treinta y seis años, y jamás había pensado en hacerse sacerdote, considerando su indignidad. Ninguno se llegó al sacrificio del altar con mejor disposición. Las extraordinarias gracias con que el Cielo le regaló en su primera Misa fueron, por decirlo así, como los preludios de los singulares favores que había de recibir en lo sucesivo. Celebraba cada día, y siempre con nuevo fervor; desde la consagración hasta que consumía, parecía un hombre extático, con el semblante arrojando fuego. Permanecía inmóvil y sin sentido horas enteras, dando testimonio las dulces lágrimas que derramaba del divino amor en que su alma se abrasaba, y no podía arrancarse del altar sin mucha violencia.

Viéndose precisado á celebrar el santo sacrificio en

una capilla interior, así por sus achaques como para dar rienda y mayor libertad á su tierna devoción, tenía prevenido al ayudante que un poco antes de la comunión le dejase solo y volviese una ó dos horas después para acabar la Misa. Se puede discurrir cuáles serían las íntimas comunicaciones que entonces tendría con su Dios, y de qué delicias espirituales sería inundada aquella purísima alma; á lo menos, se pueden conjeturar por lo que después sucedió.

Acabando un día de decir Misa, y sintiéndose inflamado de un extraordinario deseo de amar más y más á Dios, se lo pedía con fervorosísimas instancias al Espíritu Santo, como principio y origen del divino amor, cuando sintió de repente que, no cabiéndole el corazón en el pecho, rompió con estruendo dos costillas, que se separaron hacia los dos lados para hacerle más lugar y para darle mayor dilatación. Vivió cincuenta años después de este insigne favor, y, después de su muerte, toda Roma fue testigo de tan insigne prodigio.

La ternura que profesaba á la Santísima Virgen era en todo correspondiente al amor que le abrasaba por su Santísimo Hijo. Apenas acertaba á apellidarla con otro nombre que con el de su Madre, sus delicias y su amor. En todas sus exhortaciones, pláticas, discursos y conversaciones familiares había de entrar el dulcísimo Nombre de María. Honrad á María, amad á María, hijos míos, decía continuamente á los Padres de su congregación. Ella es la Dispensadora de todas las gracias, y ningún favor recibimos del Cielo que no venga por sus manos. Fuera del Rosario, que rezó indispensablemente todos los días de su vida, una de las devociones que aconsejaba á todos era que repitiesen sesenta y tres veces al día esta jaculatoria:

Virgen María, Madre de Dios, ruega por mi á Jesús,

ioh Virgen y Madre! Todas las conversaciones y todas las maravillas que obraba Dios por su fiel siervo las atribuía á la Santísima Virgen, de quien recibía cada día singulares favores. Hallándose en una ocasión enfermo de gravísimo peligro, y en términos de expirar, se le apareció la Santísima Virgen. A su vista recobró las fuerzas, incorporóse con ligereza en la cama, levantó las manos al Cielo y, clavando los ojos en el objeto que él solo veía, exclamó, con asombro de los circunstantes: *¡Ea, que aquí está mi buena Madre!* Desde aquel punto quedó enteramente sano, y, pudiendo más su gozo que su humildad, confesó con ingenuidad que su pronta y milagrosa curación la debía á la vista de la Virgen.

Mientras tanto, aunque era muy abundante la mies en la cofradía de la Trinidad, no era campo suficiente para la dilatación de su celo. Aconsejóle su confesor que entrase en la congregación de los clérigos de San Jerónimo, llamada *de la Caridad*, donde le destinaron al ministerio de oír confesiones. Mirábale Felipe con un santo horror, y no se atrevió á ejercitarle hasta haberse asegurado bien de ser llamado á él con legítima vocación.

No se pueden explicarlos bienes que hizo en este sagrado ejercicio. Viéronse desde luego grandes conversiones en todo género de personas, estados, clases, edades y condiciones. Confesarse con Felipe y convertirse, era una misma cosa. Como estaba todo abrasado en el amor divino, la menor palabrita suya penetraba en el alma. No había pecador tan obstinado en la costumbre de pecar, no había hombre disoluto, no había mujer perdida que á sus pies no se deshiciese en lágrimas. No había resistencia á una exhortación de Felipe: una sola palabra suya ablandaba y derretía el corazón más helado. Llenábanle de consuelo tantas maravillosas conversiones, y así no le dolía el trabajo.

Después de haber pasado en oración una gran parte de la noche, decía Misa al romper el día, daba gracias y se metía en el confesionario, donde no pocas veces perseveraba hasta muy entrada la noche, sin otro sustento que el de la salvación de las almas.

No podían menos de alborotar al Infierno tantas maravillas. Conjuróse la envidia contra el Santo, suscitóse enemigos aun entre sus mismos hermanos; armáronse mil lazos contra su prudencia y contra su celo; valiéronse de la gente más perdida, más disoluta y más obstinada para sorprenderle; echóse mano de la calumnia. Fue acusado ante el Vicario de Roma de que enseñaba novedades y de que guiaba á sus penitentes por caminos extraviados y hasta entonces no conocidos. Fue citado, fue amonestado y fue observado, poniéndole espías. Pero al fin, reconocida su santidad y su inocencia, se le confirmó en todos los ejercicios de sus apostólicos ministerios.

Noticioso de las milagrosas conversiones que obraba el Señor en el Japón por medio de los Padres de la Compañía, tuvo pensamiento de atravesar los mares y juntarse á tantos celosos misioneros; pero le desviaron de él, representándole que en sola Roma encontraría su celo un buen equivalente de todas las Indias y de todo el Nuevo Mundo.

Por este tiempo creció tanto el número de sus discípulos, y era tan grande el concurso de los que le buscaban, que embarazaban la iglesia y no daban lugar á las juntas que acostumbraba celebrar la congregación de la Caridad. Por este motivo pidió á la misma Congregación un sitio bastante espacioso, que estaba al lado derecho de la misma iglesia, y, no sirviéndole á ella para nada, podía ser muy útil para los fines que Felipe andaba meditando. Concediéronsele, y luego dispuso que sus discípulos, en diferentes horas del día, tuviesen

en él instrucciones publicas y conferencias espirituales, siendo los primeros que se le agregaron, y los primeros también que empleó en este ministerio, Taurisio, Modi, Fuccio, Baronio, que después fue cardenal; Bordini, que fue arzobispo de Aviñón, y Alejandro Fedeli. El suceso fue tan feliz y el fruto tan notorio, que concurría en tropas el pueblo y nobleza, singularmente á la conferencia de la tarde; y, á vista de tan numeroso concurso, se determinó Felipe á erigir en el mismo lugar una especie de oratorio, para que se acabasen las conferencias con un rato de oración. Echó Dios su bendición á este piadoso pensamiento de tal manera, que en Roma ya no se hablaba de otra cosa sino de ir á visitar el oratorio de Felipe Neri. Era cada día más abundante la mies; y, teniendo Dios cuidado de aumentar el número de los obreros, se dio principio á aquella santa Congregación, que ha casi dos siglos está edificando con tanta gloria y tanto esplendor á toda la Santa Iglesia.

Tal fue el nacimiento de la ilustre congregación de los Padres del Oratorio de San Felipe Neri en Roma, tan célebre por los grandes hombres que ha producido y está produciendo cada día, por la prudencia y discreción de sus constituciones, por la virtud sobresaliente de sus ejemplares individuos, y tan útil á la Iglesia de Dios por los continuos frutos de su celo, siendo sin duda una de las más provechosas fundaciones que se han hecho hasta ahora en los términos de Italia. Pero, hablando en rigor, hasta el año de 1564, en que Felipe tomó á su cargo el gobierno de la Iglesia que pertenecía á la nación florentina, no dio forma regular á su Congregación. Entonces dispuso las constituciones que fueron aprobadas por la Silla Apostólica, y confirmó después la Santidad de Gregorio XIII por un breve que expidió en 15 de Junio de 1575; y bien informado este gran pontífice de los imponderables bienes que traía al orbe cristiano la nueva congregación, aplicó á ella, cediéndosela

liberalmente, la nueva iglesia de Vallicela. En muy breve tiempo se hicieron después otras muchas fundaciones, extendiéndose la congregación por todo el estado eclesiástico; de donde se propagó al reino de, Nápoles, á la Toscana, al Milanés, y con el tiempo se dilató á España y á Portugal; siendo Felipe su primer general, á pesar de su extrema repugnancia, por unánime consentimiento de todos los electores.

No podían faltar contradicciones á una Congregación tan santa y provechosa. Desatóse el Infierno furiosamente contra los miembros y contra la cabeza; no perdonó á las más groseras calumnias; pero la eminente virtud de nuestro Santo fácilmente dispó todos los artificios del espíritu maligno. Cada día era más admirada su heroica santidad, que confirmaba el Señor con frecuentes profecías y milagros. Llamó un día á Baronio á la una de la tarde, y le dijo: *Tomad él trabajo de ir á visitar los enfermos del hospital.* Representóle Baronio la importunidad de la hora, y que sería inquietar á los enfermos que estarían descansando. *Id sin dilación,* replicó el Santo. Obedeció Baronio, entró en una de las salas, y luego reparó en un enfermo que estaba agonizando. Corrió á él para ayudarle á bien morir, y entendió, no sin admiración, que no se había confesado. Confesóle muy despacio, y, habiéndole administrado los demás sacramentos, expiró dichosamente en sus manos.

Profesaba Felipe estrecha amistad con San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, y pasó este amor á ser como hereditario en sus hijos. Amábanse los dos Santos recíprocamente, y, después de muerto San Ignacio, nunca emprendía Felipe cosa considerable sin ir á consultar con Dios delante de su sepulcro. En fin, conociendo Felipe que le iban faltando las fuerzas, en virtud de sus muchos años y trabajos, en atención á su avanzada edad y á sus continuos achaques, consiguió

licencia del papa Gregorio XIV para decir Misa en su aposento, porque dejarla un solo día sería abreviarle los de su vida. Celebróla el día 26 de Mayo con su acostumbrado fervor y devoción. Concluida, sólo pensó en disponerse para ir á gozar de Dios, noticioso sin duda de la hora de su muerte, y, entregado enteramente á los más tiernos y más fervorosos actos del divino amor, expiró á los ochenta y dos de su edad, el de 1595.

Estuvo el santo cuerpo expuesto públicamente á la veneración de la ciudad por espacio de tres días, al cabo de los cuales, encerrado en una caja de nogal, se depositó en un nicho que se abrió en la pared. Siete años después fue trasladado con mucha pompa á una magnífica capilla que se había erigido en su honor, habiéndose hallado incorrupto y entero, sin embargo de no haber sido embalsamado, y fueron tantos los milagros que por su intercesión obró el Señor en su gloriosa, sepultura, que desde luego comenzó á trabajar en los procesos de su canonización, la que celebró solemnemente el papa Gregorio XV el día 12 de Marzo de 1622.

La Misa es en honor de San Felipe, del común de confesor no pontífice, y la oración la siguiente:

¡Oh Dios, que colocaste en la gloria de tus santos á tu confesor al bienaventurado Felipe! Concédenos benigno que, pues que celebramos festivos su solemnidad, nos aprovechemos solícitos de sus virtudes y de sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 7 del libró de la Sabiduría.

Yo deseé la inteligencia, y me fue concedida, é invoqué el espíritu de sabiduría, y vino á mí: y la preferí á los reinos, y á los tronos, y tuve en nada los tesoros en su

comparación; ni comparé con ella las piedras preciosas; porque todo el oro en competencia suya es como una arena pequeña, y la plata en su presencia será reputada por cieno. La amé más que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por guía, porque su luz es inextinguible. Juntamente con ella me vinieron todos los bienes, é inmensa riqueza por sus manos. Y me alegré de todas estas cosas; porque esta sabiduría era mi guía, y yo ignoraba que es madre de todo esto. La cual yo aprendí sin ficción, y comunico sin envidia, y no escondo sus riquezas. Porque es un tesoro infinito para los hombres; del cual, aquellos que hicieron uso, se hicieron participantes de la amistad de Dios, siendo recomendables por los dones de la doctrina.

REFLEXIONES

Deseé la sabiduría, y se me dio. Nunca la niega Dios al que la quiere y la pide con sinceridad. Paz y abundancia de gracias en la tierra á los hombres de buena voluntad. Pero las pasiones no se acomodan con tanta luz; el amor propio gusta de estar á sus anchuras; complácese en ignorar lo que no puede conocer, sin que le turbe y le coarte la libertad. Procurase desviar de la memoria, y aun del conocimiento, todo aquello que puede acordarnos nuestras obligaciones. La demasiada luz incomoda á los ojos achacosos; y el conocimiento claro y distinto de las verdades terribles de la religión espanta siempre á una conciencia poco tranquila. En vano procuran sosegarnos el espíritu del mundo, la pasión y nuestro propio espíritu; en vano se esfuerzan á persuadirnos que son terrores pánicos, espantajos, sobresaltos sin fundamento. Nada nos sosiega; pero ¿qué se hace para calmar la inquietud y para conseguir la tranquilidad? ¿Se desea por ventura el espíritu de la inteligencia para quitar la máscara al error y para descubrir el peligro? ¿Se recurre al Señor para obtener el

espíritu de la sabiduría, preferible á los reinos y á los tesoros? ¿Aquella sabiduría que quita el velo á las ilusiones del entendimiento y del corazón, y que pone á la vista con la mayor claridad todo el embuste y toda la vanidad del mundo? Antes parece que no sería de gusto el alcanzarla; y así sólo se pide de cumplimiento con la parte, digámoslo así, más exterior de los labios. Descamínanse los hombres, y todo el cuidado, toda la aplicación de los que van más descaminados es desviar, alejar de sí cuanto les es posible todo lo que puede hacerlos abrir los ojos para conocer su descamino.

i Cosa rara! En nadarse equivocan más los hombres que en el concepto que forman de sus mismas operaciones; juzgan ser acto de la voluntad el que puramente lo es del entendimiento. Conócese la equidad del precepto, la santidad de la ley, la importancia de la obligación, las funestas resultas del pecado y el castigo que merece; ríndese la razón, todo lo aprueba y conviene en todo sin réplica. Pero este conocimiento, enteramente intelectual, puramente especulativo, nos persuade el amor propio que es un acto práctico de la voluntad, una detestación sincera y efectiva del pecado. No hay cosa mas ordinaria que esta fatal equivocación; de este principio nace aquel tropel, ó por lo menos aquella multitud de deseos tan inútiles como estériles, á competencia unos de otros. Y quiera Dios que esta funesta equivocación no se extienda también á la imaginaria conversión de muchas gentes.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas, y el mismo que el día 12.

MEDITACIÓN

Del fervor en el servicio de Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que siempre se sirve mal cuando se sirve con tibieza. Poco amor tiene á su amo el que le sirve con disgusto y puramente por miedo. La frialdad y la lentitud en quien sirve, muestran el poco respeto que profesan á su dueño.

Pero, al fin, que á los hombres se les sirva con indiferencia y con descuido, adelante; no es grande maravilla. El corazón nunca está asalariado; no tiene parte en la escritura ó en la obligación de servicio. Pero que se sirva á Dios con frialdad y con indiferencia, que la grande honra y los crecidos intereses que se logran en servirle no exciten nuestra ambición, y no nos inspiren por lo menos tanto celo, tanto ardor en todo lo que toca á su servicio, como el que manifestamos en el servicio del príncipe, verdaderamente es asunto de grande admiración, pero algún día lo será también de grande arrepentimiento,

A Jacob le parecen nada siete años de servicio por la esperanza de poseer algún día á la hermosa Raquel. Ofrécese el mismo Dios por premio y por salario á los que fielmente le sirven; iy, con todo eso, es servido con negligencia!

¡Con qué celo, con qué puntualidad, con qué fervor se sirve al Soberano! Los bienes, el descanso, la vida, todo lo que más se ama en este mundo se sacrifica á su servicio. Y eso que aquéllos trabajan por una corona perecedera, pero nosotros por una que jamás se ha de marchitar. ¡Dios mío, qué conducta es la nuestra!

PUNTO SEGUNDO.—Considera la flojedad y aun la insensibilidad con que se sirve á Dios; la facilidad con que se dispensan los hombres en sus preceptos; la serenidad con que se quebrantan sus mandamientos; la

libertad y el descaro con que se peca. Los negocios temporales, la satisfacción de las pasiones, el amor á todo lo que sea divertirse; en una palabra, el espíritu del mundo es lo que ocupa toda la atención, todo el corazón, y se sorbe todo el tiempo. ¿Qué rato, qué horas del día encuentra un hombre mundano en el orden ó en el desorden de su vida para dedicarlas al servicio de Dios? Un eclesiástico, ya por su estado, encuentra algunas; pero ¿las emplea mejor?

¡ Oh, y qué monstruosa diferencia hay entre el modo con que nosotros servimos á Dios y la manera con que lo sirvieron los santos! Considera el amor, el fervor, la devoción de un San Felipe Neri. Parécenos que aquellos excesos, aquellos raptos, aquellos encendimientos del divino amor eran milagrosos. ¡ Ah, que no! Solamente lo parecen porque son tan raros. Pero, si conociéramos bien al Señor á quien servimos, no lo haríamos con menos fervor, con menos amor ni con menos actividad.

¡ Cuánta es, Dios mío, mi confusión, cuánto mi dolor cuando considero el descuido y la negligencia con que os he servido! Motivo tengo para suplicaros? olvidéis mis aparentes servicios, pues temo sean más dignos de castigo que de premio. Ya, Señor, no os acordéis sino del fervor con que procuraré serviros en adelante; pues, hablando con rigor, hoy es el día que comienzo á serviros.

JACULATORIAS

Mi alma, dijo el Señor, es mi herencia; pues yo colocaré en El mi confianza.—*Tren.*, 3.

¡Qué amables son tus tabernáculos, oh gran Señor de las virtudes! Mi alma desfallece á violencia del amor con que suspira por lograr algún rinconcito de ellos.—*Ps.* 83.

PROPÓSITOS

1. No hay cosa, al parecer, más injuriosa á Dios que servirle con negligencia y con descuido. Cuando no sea un formal, es por lo menos un virtual menosprecio de su majestad, de su bondad y de su soberanía. El que sirve á Dios, ya en algún modo le conoce; y ese Dios á quien conoce ¿no se dará por agraviado de un servicio descuidado y negligente? ¿Sufriríamos por mucho tiempo á un criado que nos sirviese con tanta frialdad y negligencia? Nada irrita tanto como ver á un hijo frío ó indiferente en el obsequio de su padre. Tú sirves á Dios, y aun quizá por tu profesión estás especialmente consagrado á su servicio. Pero ¿le sirves con fervor? Tu atención, tu celo, tu actividad ¿dan testimonio de que es Dios el amo á quien sirves? ¿No tienes justo motivo para temer que acaso le has deshonrado hasta aquí en lo mismo que te parece haberle servido? Cuando le presentemos el Oficio divino que hemos rezado, los misterios á que hemos atendido, las oraciones que hemos hecho, y acaso también las Misas que hemos celebrado, ¿no nos podrá responder (*Joan., 8*): ¡Ah, que en lugar de honrarme, me ofendiste y me despreciaste! ? Toma hoy media hora de tiempo para examinar seriamente tu conducta sobre este punto, y trata de enmendarla.

2. Desde hoy en adelante sirve á Dios con el respeto, con el fervor y con la fidelidad que por tantos títulos le son debidos; cualquiera acto de religión que ejecutes, aunque no sea más que persignarte; cualquiera oración que reces, yunque no sea más que un *Avemaria*; cualquiera buena obra que hagas por Dios, aunque no sea más que leer un libro espiritual, dar una limosna, etc., hazlo todo con aquella devoción, con aquel respeto, con aquella atención que nos inspira la fe. Toma la costumbre de decirte á ti mismo al principio de todas estas cosas: Mira que es Dios á quien vas á servir, es Dios

á quien vas á orar, es Dios á quien pretendes complacer.